

TRES INSTANTANEAS

RECIENTEMENTE condensé en unas breves líneas que vieron la luz en nuestra *Hoja del Lunes*, los rasgos, a mi juicio más vivamente expresivos, de la persona de Carlos. Aquí se me depara, por generosidad de quien dirige esta revista, nueva ocasión de escribir en tributo a quien tanto cariño profesé y a quien de modo tan ferviente estimé en la muchedumbre de sus valores.

Serán instantáneas de aquella vida, con la sobriedad a que me obligan, la urgencia del motivo y lo cansado de mi pobre memoria.

Es lástima que escribiera, o al menos que publicara sus escritos parcamente. Una época suya hubo, en que movió la pluma con una fluidez y un estilo exquisito, dignos de más amplio ejercicio. La premura con que trazo estos esquemas, me impide buscar en la prensa de hace no pocos años, donde recuerdo que se ocupó de temas de cine con una depurada visión, más poética que crítica.

Ana y él salían de viaje todos los años. Si aquí en Murcia cultivó selectas amistades, sus estadas en toda la superficie de España y en muchos países extranjeros, les deparaban trato con personas relevantes en diversos planos de la sociedad. Tenía él la facultad de tejer entre todos y ellos una especie de red de comunicación, concertando sus afinidades, como si gozara en hacer florecer la amistad entre los demás, rindiendo a todos delicados favores y estimulando otros, recíprocos en el círculo particular que así iba ensanchando, para hacer grato a cada uno el cambio de gentilezas, a través del centro de ellas que ha sido él.



Marañón le profesó un singular afecto; y él, que recibía sus cuidados médicos, correspondió siempre con una solicitud que hubo de permitir al eximio historiador, informarse de cosas de Murcia, gracias a la diligente atención que el cliente ponía en facilitarle libros y otros medios de investigación, de cuyo fruto es ejemplo el sabroso volumen en que hemos leído con tanto deleite las biografías de nuestros más insignes Fajardos.

Me producía extrañeza en él, tan ajeno a las curiosidades e inquietudes políticas, una especial dilección por la figura de Winston Churchill. Coleccionaba fotografías y grabados, a modo de antología biográfica del popular personaje británico, desde sus años mozos, pasando por lo época de primer ministro, incluso en una colectiva muy solemne, con Su Graciosa Majestad y todos los jefes de Estado de los países miembros de la Commonwealth, hasta la que ofrece la visión de una losa funeraria, bajo la cual yace el cuerpo de aquel famoso político. ¿Qué misteriosa simpatía le movió a fijar su interés en el estadista de la Gran Guerra? He pensado en la posibilidad de que el fondo de equilibrio de ánimo que le daba a Carlos un aire de caballero inglés, le hiciera descubrir alguna afinidad con él. Y tal vez pudo ser por cualquier fenómeno psíquico, la semejanza de sus rasgos faciales, en ambos, de una rotunda y una cierta abundancia adiposa amable, así como en el aire de mesura de sus gestos, en los que se acusaba un sereno dominio del propio ánimo, ajeno a toda turbulencia, con esbozos de sonrisa un poco irónica, que en Churchill, más definida, se circunscribía a su indefectible cigarro puro y en Carlos era libre y franca, como una dádiva de amistad — siempre la amistad en su vida! — más entregada a los otros, limpia de toda malicia.

